

# NO VER

---

## Luis Chaves

Entre julio y agosto de 1977, Jorge Luis Borges, ya ciego, dictó siete conferencias en el Teatro Coliseo de Buenos Aires, el ciclo se llamó “Siete noches”. Reunidas en una publicación del FCE, de 1980, se acompañan de un epílogo de su amigo, el editor Roy Bartholomew, quien comenta “En los días previos a cada conferencia conversé con Borges (...) Le desagradó (...) la soledad a que lo obligaron las vastas dimensiones del escenario y la lejanía del público. Todos necesitamos de la inmediatez del calor humano cuando damos una charla y esta necesidad debe de ser mayor en un ciego”.

Volveremos a él más adelante, por ahora vamos a dejar a Borges aquí en el escenario, iluminado por un cenital, dirigiéndose a un auditorio distante.

Hacia la segunda semana de marzo, sin que lo supiéramos, terminaba una época. Que es lo mismo que decir que iniciaba otra. Lo que meses atrás había sido apenas otra noticia, una situación desafortunada en el extremo opuesto del planeta, se cerraba ahora como un domo sobre nuestra vida diaria. Poco o nada podíamos saber del territorio al que estábamos entrando; al ritmo de un paso corto a la vez empezamos a tantear esto que nombraremos con palabras precisas solamente cuando podamos mirarlo desde la distancia.

El inicio de la cuarentena y del posterior confinamiento coincidió con las últimas tres semanas del I cuatrimestre lectivo. Todos pusimos de nuestra parte y en modo contención-de-crisis llegamos a semana 15. Estudiantes, docentes, directore/as y personal administrativo terminamos de forma virtual un cuatrimestre que se había planeado de otra forma. Todo estuvo bañado por el centelleo de la novedad, o por lo menos así se vivió en las últimas tres clases de cada curso: les estudiantes activos en las plataformas en las que se impartía la clase (Zoom en la mayoría de los casos), cámaras y micrófonos abiertos, gran creatividad con los fondos de pantalla (que, entre risas celebratorias, cambiaban constantemente durante cada lección).

Uno de los rasgos característicos de la situación que atravesamos es su globalidad. Por primera vez se experimenta en todos los países a la vez, de forma compartida, una crisis sanitaria de esta magnitud. Sucedió además en la época de la interconexión virtual mundial, en la era de las redes sociales y los fenómenos -parece albur del Destino- virales.

Ya en mayo, desengañados por las cifras diarias y la serenidad metálica de la matemática epidemiológica, el arranque del II cuatrimestre fue otra historia. La modalidad de enseñanza virtual (o a distancia) no solo había perdido el brillo de la novedad, sino que representaba una invasión del mundo-de-la-responsabilidad en ese plano (el virtual) que sobre todo para los jóvenes es el lugar del entretenimiento, la interacción social y la intimidad.

Del mismo modo, para estudiantes y docentes (y para el resto de la sociedad), uno de los cambios que trajo la dinámica virtual fue la desaparición de la frontera que separaba el ámbito laboral/académico del privado. En cada clase o reunión, encender la cámara es abrir la puerta de ese espacio que hasta entonces pertenecía al orden de lo doméstico, lo informal, el descanso. Una de las grandes víctimas de la pandemia fue la privacidad.

A todo esto, “la calle”, ese término vernacular tan expresivo y simbólico, cambió de signo: antes “andar en/salir a la calle” envolvía toda una serie de posibilidades de socialización y diversión (el latín *divertere* significa dar giro en dirección opuesta, alejarse, entretenerse); de pronto, como bien se martilla desde todos los flancos, en la calle está el riesgo de contagio. O sin eufemismos: en la calle está la muerte.

En resumen: estamos confinados en un lugar que antes era privado y que ahora está abierto a “extraños”, y fuera de nuestras casas está la Gran Amenaza.

En este escenario (que tampoco da señales de cambio) no debería sorprendernos el fenómeno que todos hemos experimentado y al que quería llegar: dar clases a una cuadrícula de iniciales que aparecen en la pantalla. El mosaico de Teams, Zoom y demás plataformas es una colección geométrica donde en cada baldosa hay dos letras mayúsculas en el lugar de una persona.

Sin duda son múltiples las razones que convergen en ese mismo punto: un/a docente hablándole a grupo de nombres que activan sus micrófonos sólo si es estrictamente necesario y que, salvo rarísimas excepciones, no encienden sus cámaras nunca. Es decir, estudiantes que no se dejan ver. Estudiantes que no vemos. Estudiantes que no se ven (ni conversan) entre ellos.

Algo más: ahora damos clases frente a nuestro reflejo sincrónico en el monitor. Como si en la época de clases presenciales hubiéramos tenido todo el tiempo un espejo al fondo del aula. Supongo que fuera de profesionales de la danza, donde no solo es natural sino necesario trabajar frente al espejo, hay algo perturbador en este hecho. Es difícil no pensar en Eco, Narciso y en una imagen propia que contemplamos mientras tiembla levemente sobre la superficie del agua.

Sumemos una situación puntual del segundo cuatrimestre y que podemos suponer se repetirá por otra temporada, estudiantes de primer ingreso que inician su vida universitaria bajo la dinámica virtual. Detengámonos a pensar en esto: no solo viven la pandemia como el resto del planeta, les tocó además entrar a ese momento simbólico y fundamental para el desarrollo psíquico y la emancipación social desde sus habitaciones, sin contacto ni interacción física con sus pares, conviviendo con sus madres y/o padres el día completo, todos los días desde hace más o menos 200 días. Yo tampoco encendería mi cámara.

¿A dónde voy con todo esto? No tengo idea.

O por lo menos, no tengo respuestas. Todo lo contrario. Más preguntas y algunas sospechas. Nada es igual a lo que vivíamos antes de marzo de este año. Y no solamente eso, nada es igual y hay un domo pesadísimo sobre cada persona y cada grupo familiar.

Ante momentos críticos, por supuesto, hay que actuar desde el pragmatismo, ese modo perfecto para resolver lo inmediato, lo urgente. No es momento para retórica ni entelequias. Pero el riesgo del pragmatismo es que bajo el peso de sus herramientas, máquinas, ecuaciones, algoritmos y eslóganes, quede sepultado eso otro que también es parte de la esencia humana. Atreviéndome, de forma temeraria, a dividir el tiempo en dos, y, todavía más audaz, a proponer que una forma de definirnos es decir que somos tiempo, podemos decir que la vida consta de dos vectores: 1. hacer / 2. pensar.

En estos 200 días se ha puesto el énfasis (y prácticamente el mandato) en hacer. Con toda razón. Resolver, adaptarse. Habría ahora que darle un espacio al otro vector, pensar. Principalmente en un ámbito como la universidad. De hecho, en el origen del concepto universidad, allá en el mármol de los largos pasillos de la Universidad de Bolonia fundada en 1088, está el pensamiento, la reflexión crítica como surtidor y nutriente.

Nos adaptamos (resolvimos) a la modalidad de enseñanza virtual. Sí. Pero a esta altura tendríamos que reconocer que con alumnos en sus habitaciones, estudiantes que no se hablan entre sí en el espacio de las lecciones, alumnos a quienes no vemos y que no se ven entre ellos, estudiantes que no han conocido el ambiente/atmósfera de la vida universitaria, es imposible que suceda eso que, tomando en préstamo un término del psicoanálisis, podríamos llamar "la transferencia". No me refiero al traspaso de conceptos, teoría, datos, técnicas. Hablo de lo que cada uno/una pone en el espacio, lo que se juega de cada quien, del vínculo (ni siquiera tiene que ser empático), de la comunicación del lenguaje corporal, del equilibrio cognitivo y emocional que se genera en ese grupo de personas que se reúnen, digamos, tres horas cada jueves durante 15 semanas.

No es posible otra forma en este momento ni en el corto plazo. Cierto. Lo que no podemos permitirnos ignorar es el hecho de que, por lo menos para ciertas áreas, seguir utilizando los parámetros académicos y de evaluación del mundo prepandemia es indefendible.

¿Qué estamos evaluando? ¿Cómo evaluamos a personas que nunca hemos visto? ¿Qué esperamos de uno de los grupos etarios que están llevando la peor parte de este contexto? ¿Estamos dando espacio o propiciando el vector pensar del mismo modo que el vector hacer? ¿Les alimentamos solamente el pragmatismo y los eslóganes del pensamiento utilitario? ¿Qué es ahora un 90, un 77?

Volvamos al Teatro Coliseo en Buenos Aires. Allí está Borges y esta noche el tema de su conferencia es "La ceguera". Habla de Homero, de Groussac, de Milton, de Joyce, todos escritores ciegos. Sabe que está en el centro del escenario y bañado por el cono de luz que no ve, sabe que el público está lejos e invisibilizado por la oscuridad. De pronto, alguien tose.